

Reflexividad en torno a las tensiones y los conflictos generados en la interfase del campo de la militancia afro con el campo académico

Marta Mercedes Maffia y Pablo Gustavo Rodríguez

Este trabajo es fruto de la confluencia de la actividad de los autores como investigadores sociales sobre las organizaciones de africanos y afrodescendientes en la Argentina y como docentes de métodos y técnicas de la investigación sociocultural en la carrera de antropología. Se analizan las tensiones y conflictos surgidos en años recientes entre el campo de la militancia “afro”¹ y el campo académico (principalmente antropólogos).

Un trabajo de campo continuo de tres décadas nos ha permitido participar de la organización y el desarrollo de numerosas reuniones de diversas organizaciones afros, como congresos, jornadas, mesas de debate, festivales y otros eventos. En los mismos, líderes, activistas, simpatizantes y estudiosos han expresado y debatido sus posiciones sobre diversos aspectos, como la diversidad cultural, la migración, la discriminación y el racismo. Nuestras fuentes también incluyen numerosas entrevistas a los mencionados líderes, activistas y académicos, el análisis de decenas de documentos de las mencionadas organizaciones afros y de organismos internacionales y de cooperación que los apoyan, así como sus páginas web y blogs oficiales y personales, y su interacción en las redes sociales.

Mientras en los tiempos de la antropología clásica la distancia entre el antropólogo que observaba y el grupo observado era considerable en varios sentidos, hoy día se torna cada vez más necesario tomar en cuenta las complejas relaciones que se establecen entre el trabajador de campo y los grupos que estudia. Con frecuencia estos

1. La categoría clasificatoria “afro” es usada por los activistas, los académicos y los medios de comunicación con un sentido extremadamente amplio y variable pero nunca ingenuo. Resulta tan importante lo que agrupa como lo que excluye. No obstante, hasta donde sabemos, aún no se ha realizado un estudio empírico exhaustivo de su significado y uso por parte de distintos actores sociales.

grupos pertenecen a la misma sociedad nacional que el investigador, comparten su lengua, tienen acceso a la producción académica sobre ellos, están organizados políticamente y hasta pueden producir sus propios académicos o presionar a los investigadores existentes para que tomen partido por ellos en sus luchas reivindicativas ante los Estados nacionales o aún en sus disputas internas.

Por razones prácticas, metodológicas, epistemológicas, teóricas, políticas y éticas, la reflexividad se torna imprescindible. Al menos en la Argentina, con creciente frecuencia son los sujetos y grupos acerca de quienes tratan las investigaciones antropológicas los que exigen de los académicos dicha reflexividad y autocrítica. En este trabajo se analizan esos reclamos tal como se expresan públicamente en los mencionados eventos, sitios web y redes sociales. Partiendo de la teoría de los campos de Pierre Bourdieu, con algunos otros aportes, se analiza la complejidad de las relaciones entre militantes afro y sus organizaciones por un lado, y los investigadores de lo afro en la Argentina y sus instituciones, por el otro, como una intersección de dos campos.

El campo de los estudios afro incluye a aquellos investigadores de diversas disciplinas e instituciones académicas que se ocupan del estudio de temáticas sobre África y afrodescendientes. Entre las disciplinas involucradas se encuentran la sociología, la antropología, la historia, las ciencias de la comunicación y las ciencias políticas. Los agentes pueden participar de este campo como docentes universitarios, investigadores de distintas categorías, becarios, tesisistas o estudiantes de grado. Algunos de ellos conjugan su actividad académica con la militancia en alguna organización afro y una minoría se reconoce como afrodescendiente o inmigrante africano. Las luchas al interior de este campo de fuerzas y las jerarquías resultantes se dan en torno a la acumulación del capital científico.

Por otro lado, delimitamos el “campo”² de la militancia afro, integrado por líderes y militantes de diversas organizaciones de inmigrantes africanos, afrodescendientes o de organizaciones de promoción de expresiones culturales de origen africano. Las luchas al interior de este campo se dan en torno a la acumulación del “capital militante”, al que Matonti y Poupeau (2004: 8) definen como “capital nacido de la autoridad reconocida por el grupo y en ese sentido «inestable»: incorporado bajo la forma de técnicas, disposiciones a actuar, inter-

2. Provisoriamente nos referimos a este espacio como “campo”, aun cuando al menos por ahora no reúna todas las condiciones para ser considerado como tal, como se verá en la sección siguiente.

venir, o simplemente obedecer, recubre un conjunto de saberes y de saber-hacer movilizables durante acciones colectivas, luchas inter o intrapartidarias, pero también exportables, convertibles en otros universos, y, así, susceptibles de facilitar ciertas «reconversiones» [...] El capital militante adquirido y la posición conquistada constituyen una oportunidad de reconocimiento para individuos que viven un desclasamiento producto del desfasaje entre las aspiraciones ligadas a una escolarización prolongada y la realidad de la posición (social y profesional) ocupada”.

¿Cómo identificaremos a los principales actores del campo afro con quienes interactuamos? Son aquellos que hacen uso de determinadas categorías de identificación colectivas: afroargentinos o negros, afroargentinos del tronco colonial, afrodescendientes, africanos, diáspora africana, etc. Haciendo uso de estas categorías nos encontramos con actores que actúan individualmente y otros que lo hacen en nombre de diversas agrupaciones, organizaciones, formales o informales, con personería jurídica o sin ella, que pueden ser llamadas sociedades, asociaciones, movimientos, institutos, etc., y que se constituyen bajo determinada categoría identificatoria.

Entre las agrupaciones/organizaciones que integran el campo de la militancia afro en la Argentina podemos mencionar, por ejemplo, a Diáspora Africana en la Argentina (Diafar), África y su diáspora, Misibamba, Afro-Xangó, Sociedad de Socorros Mutuos Unión Cabo-verdeana (SSM/UC) de DockSud, África Vive, Asociación de amigos de las islas de Cabo Verde, Movimiento Afrocultural e Instituto Argentino para la Igualdad, Diversidad e Integración (Iarpidi), entre otros.³

Los dos campos considerados son muy dinámicos y entre ambos se establecen espacios de interfase, que se encuentran atravesados a su vez por el campo del poder político. Se analizan principalmente los conflictos producidos en esos espacios de interfase, entendiendo al conflicto como: 1) intrínseco a las relaciones humanas y, por tanto, inevitable; 2) no necesariamente negativo, y 3) determinado por variables situacionales en mucho mayor medida que por las características individuales de los agentes intervinientes (Bilbao y Dauder, 2002; Coser, 1961).

Caracterizamos las situaciones conflictivas identificando las partes en conflicto, el tipo de relación conflictiva que mantienen entre sí las partes implicadas, el campo de tensiones en que está inmerso cada participante, los recursos cuyo control se disputa, el tipo de asuntos

3. Esta lista no es exhaustiva.

en torno de los cuales surgen los conflictos y los factores antecedentes de su génesis.

Cerraremos el trabajo con algunas conclusiones acerca de la importancia de reflexionar sobre la gestión del conflicto en nuestra práctica como investigadores.

Marco conceptual

Como ya señalamos, analizaremos las tensiones y conflictos entre los militantes afro y los académicos en la Argentina partiendo de la noción de campo de Pierre Bourdieu. No consideramos que pueda hablarse con propiedad de un campo afro plenamente constituido en la Argentina. Sin embargo la teoría de los campos ofrece algunas herramientas conceptuales fértiles para comprender los episodios que analizaremos si los consideramos como ocurriendo al interior de un “campo afro” en formación y en intersección con los campos académico y del poder.

Como sabemos, Bourdieu define un campo como un espacio social estructurado. Un sistema de posiciones o relaciones de fuerza entre agentes en permanente lucha, que puede analizarse en forma independiente de sus ocupantes. Las posiciones de los agentes dependen del tipo y volumen (cantidad) de capital específico acumulado en luchas anteriores.

Los campos presentan un conjunto de propiedades generales, comunes a todos los campos en cuanto tales y un conjunto de propiedades diferenciales que especifican cada campo en particular, distinguiéndolo de y haciéndolo irreductible a otros campos. Entre las propiedades generales de los campos que resultan pertinentes para nuestro análisis podemos mencionar las siguientes:

En todo campo hay algo que está en juego, algo por lo cual se lucha, un capital específico. Las luchas en el campo son siempre luchas por el poder, por el monopolio de la autoridad legítima, por la definición de los límites del campo y de las reglas de juego. Esa legitimidad emana de la fuerza relativa de los grupos que la otorgan. De la posición relativa que ocupan los agentes en el campo (estructura de relaciones “objetiva”), se desprenden ciertos intereses, conscientes o no, que determinan las estrategias que éstos desplegarán.

Los campos se encuentran relacionados entre sí. Todos los campos guardan alguna relación con el campo de poder y con el campo de las clases. Ello determina, a su vez, que un campo ocupe también él

mismo, una posición determinada, más dominante o más subordinada, en relación a otros campos. Sin embargo todos tienen una autonomía relativa que deriva de las reglas específicas y de las características del capital específico que está en juego en su interior, de modo que las determinaciones externas son reformuladas, filtradas por los mecanismos propios del campo y terminan expresándose a través de ellos. A pesar de lo anterior, el capital económico es dominante sobre las otras especies de capital.

Un campo se constituye históricamente cuando se dan una serie de requisitos por demás conocidos (Bourdieu, 1991, 1994, 2003; Bourdieu y Wacquant, 1995: 63-99). En un campo plenamente constituido existe un conjunto de cuestiones sobre las que todos los participantes del campo están de acuerdo. Cuestiones que están fuera de discusión porque son los acuerdos tácitos de toda la discusión. El consenso que subyace sobre los objetos de disenso. Una complicidad objetiva. Este conjunto de acuerdos tácitos, generalmente no conscientes, constituye la *doxa* del campo y la adhesión inconsciente, irreflexiva e incondicional a ella constituye la *illusio*, la creencia en el valor del juego.

Todos los agentes que participan de un campo plenamente constituido han incorporado, a través de un entrenamiento específico y también prácticamente, un conjunto de disposiciones, un “sentido del juego”, que les permite moverse en el campo “como pez en el agua”. Este conjunto de disposiciones y principios organizadores y generadores de prácticas y representaciones objetivamente adaptadas al juego, constituyen el campo mismo incorporado en los agentes y recibe el nombre de *habitus*.

Decimos que no está plenamente conformado, al menos todavía, un campo afro en la Argentina, porque no encontramos fundamentalmente una *illusio*, una *doxa*, instancias de legitimación reconocidas, separación nítida entre consumidores y productores, etc. Pero sí es posible reconocer grupos de agentes y organizaciones compitiendo por delimitar un campo, definir unas reglas de juego, algunos capitales en juego, analistas e historiadores del campo, etcétera.

Coincidimos con los antropólogos Frigerio y Lamborghini (2011) en que, tanto en el pasado como en el presente, no es posible hablar “de una comunidad afroargentina”, ya que sería homogeneizar una población bastante heterogénea que siempre se vio atravesada por clivajes de género, color, clase, nacionalidad o condición social. Es por ello difícil asir conceptualmente ese colectivo atravesado no sólo por numerosas tensiones y conflictos de un gran dinamismo y diver-

sidad, sino también por el carácter provisorio de sus agrupaciones, asociaciones e identificaciones.

Para analizar las tensiones y conflictos entre militantes afro y académicos especializados en estudios afro nos apoyamos en los aportes de Lewis Coser (1961: 8), quien define el conflicto social como “una lucha con respecto a valores y derechos sobre estados, poderes y recursos escasos, lucha en la cual el propósito es neutralizar, dañar o eliminar a sus rivales” y lo diferencia de lo que llama “hostilidad”, “antagonismo” o “tensiones”, a las que considera actitudes, sentimientos o que “no conducen necesariamente al conflicto” (42). Por otra parte, pueden darse conflictos sin que existan actitudes o sentimientos hostiles o agresivos (69).

Nos ocuparemos de la identificación de los intereses antagónicos o contradictorios que dan lugar a las tensiones, como derivados de las posiciones que ocupan los agentes en la estructura del campo. Las actitudes hostiles son consideradas como reveladoras de y producidas por el choque de intereses objetivamente contradictorios.

En este trabajo entendemos la tensión como lo hace el sociólogo Gustavo Mariluz (2006), como vinculada a la existencia de asimetrías y desigualdades y con la potencialidad de transformarse en cuestión y pasar a integrar algún tipo de agenda.⁴

En un diálogo con el funcionalismo predominante en Estados Unidos en su época, que consideraba el conflicto básicamente como algo negativo para las sociedades y los grupos, Coser enfatizó las funciones positivas del conflicto. Entre ellas resultan pertinentes para nuestro caso las siguientes:

- 1) Establecer, conservar y reafirmar la identidad y las fronteras entre los grupos así como su posición relativa en un sistema de estratificación.
- 2) Estimular el establecimiento de nuevas reglas, normas e instituciones.
- 3) Evaluar y conocer la fuerza relativa de las partes implicadas.
- 4) Generar coaliciones o asociaciones entre grupos que de otro modo no entrarían en relación.

4. “El surgimiento de estas cuestiones estará definido por la capacidad de agendar políticamente la temática en el gobierno. Esta capacidad estará determinada por la acumulación de poder, la conciencia colectiva, la capacidad de movilización, la visibilidad de las mismas, etc. Toda cuestión, como toda problemática, no tendrá una realidad ontológica y propia sino que será el producto de una construcción social en un devenir histórico” (Mariluz, 2006: 6).

- 5) El conflicto con otros grupos contribuye al robustecimiento y cohesión del propio.
- 6) Las amenazas externas imaginarias cumplen la misma función integradora que las reales.
- 7) Si bien los sentimientos hostiles no necesariamente acompañan al conflicto, pueden hacerlo y fortalecer la disposición de las partes a alcanzar sus fines.
- 8) La intensidad de un conflicto es proporcional a la intimidad o proximidad de la relación entre las partes.
- 9) Los grupos más cerrados, estructurados y centralizados consagrados a una lucha constante con el exterior tienden a reprimir los conflictos internos, mientras que los grupos abiertos, poco estructurados y no centralizados son más tolerantes a la manifestación de conflictos en su interior.

Según Coser, el antagonismo contra un enemigo común puede dar lugar a la formación de “asociaciones momentáneas” y “coaliciones” de individuos o grupos con intereses paralelos, seccionales o regionales “que, por razón de antagonismos mutuos, se resistirían a otras formas de unificación”. Sin embargo, “bajo el influjo de amenazas a su existencia o de la necesidad de luchar más efectivamente en la escena nacional” (164) los grupos que conforman la coalición confluyen en lo que Sumner (1906) ha denominado *cooperación antagonística*: “la combinación de dos personas o grupos para satisfacer una gran necesidad común, suprimiendo⁵ los intereses antagónico secundarios” (160). Finalmente, como afirman Bourdieu y Wacquant (1995: 195): “Según los objetos que estudie, el sociólogo se encuentra más o menos alejado de los actores y de las apuestas que observa, más o menos directamente implicado en rivalidades con ellos, más o menos impulsado, por consiguiente, a entrar en el juego del metadiscurso, aparentando objetivar”.

Por tal motivo, siguiendo lo que estos autores denominan la *objetivación participante*, en nuestro análisis trataremos de objetivar nuestra propia participación en el fenómeno analizado, dado que se trata de tensiones entre militantes del colectivo afro e investigadores académicos de los grupos y actividades afro en la Argentina. En una situación tal, “el analista encuentra en el objeto competidores para la interpretación del objeto, quienes con mucha frecuencia se valen también de la autoridad de la ciencia [...] De hecho, no es posible escapar

5. Nosotros agregaríamos “o dejando en suspenso”.

de la serie infinita de interpretaciones que se refutan mutuamente sino a la condición de construir realmente el espacio de las relaciones objetivas (estructura), de las cuales los intercambios comunicacionales (interacción) son la manifestación” (Bourdieu y Wacquant, 1995: 193).

Tal interacción para los autores citados “es el resultado visible, y meramente fenoménico, de la intersección entre campos jerarquizados” (194). En nuestro caso, el campo científico, el del poder y el de la militancia afro. En dicha intersección el capital específico de los participantes de los campos concurrentes puede ser impugnado, cuestionado o relativizado por los agentes de los otros campos, en un esfuerzo por establecer la fuerza relativa de cada uno de dichos campos (puntos 1 y 3 de Coser, *vide ut supra*), fortalecer su identidad y fronteras (puntos 1 y 5 de Coser) y establecer ciertas normas de funcionamiento (punto 2 de Coser).

En semejante espacio de intersección se dan relaciones de fuerza simbólicas entre los campos jerarquizados y no está excluida la posibilidad de inserción múltiple de algunos agentes en dos o más de los campos involucrados (por ejemplo: militante afro y académico, militante afro y funcionario estatal, académico y funcionario estatal). “El resultado de todas estas relaciones objetivas son relaciones de fuerza simbólica que se manifiestan en la interacción bajo la forma de estrategias retóricas” (195).

Condiciones contextuales del campo afro en la Argentina

Según Reid Andrews (1989), uno de los estudiosos que abrieron camino en esta temática, la mentada “desaparición” de la comunidad de origen africano en la Argentina fue tan sólo en el sentido de que los afroargentinos se tornaron casi invisibles en la mezcla étnica de la ciudad, reduciendo su número hasta la insignificancia en comparación con las oleadas de italianos, españoles, judíos y otros europeos que llegaron a la ciudad, desde fines del siglo XIX y con mayor intensidad en las primeras décadas del siglo XX.

La idea de una Argentina poblacionalmente homogénea y blanca, ausente de diversidad étnico-racial, forma parte del imaginario social del país desde los inicios del proceso de gestación de la nación. Esta unidad étnica se aseguraba a través de una narrativa maestra basada en el crisol de razas (blancas y europeas) que excluía a aquello que no pudiera o debiera fundirse en el crisol. En otras palabras, cualquier persona marcada étnicamente era compelida a abandonar

esta “categoría de origen”, y su particular derrotero histórico, para disfrutar de una nacionalidad plena (Segato, 2007: 58). Como es propio de los procesos de conformación de naciones modernas, esto requirió la puesta en marcha de mecanismos formales e informales de persuasión, distorsión y hasta exterminio tendientes a socializar a los sujetos comprendidos en determinado territorio como ciudadanos integrantes de la nación.

Con referencia a los africanos y sus descendientes, Segato (2007: 255) agrega que “la desaparición del negro en la Argentina fue ideológica, cultural y literalmente construida antes que propiamente demográfica [...] su presencia fue primero excluida de la representación oficial que la nación se dio a sí misma”. De esta manera, la particular “formación de diversidad” en la Argentina produjo un hiato en la presencia poblacional y cultural del componente negro tras un categórico proceso de invisibilización y desracialización. El éxito de este proceso se tradujo en una imagería nacional que concibe a la población como indiscutiblemente blanca y “libre” del mestizaje presente en otros países de la región. Asimismo esta construcción de nacionalidad “desde arriba” se imbricó con un proceso micro basado en las interacciones sociales cotidianas que sistemáticamente negaron y ocultaron la presencia negra mediante una particular lógica de clasificación racial.⁶

No obstante, a pesar del velo de permanencia que envuelve a la retórica nacional, la concreción de límites sociales y de parámetros de inclusión-exclusión devienen de prácticas hegemónicas y formas de subjetivación históricamente cambiantes (Segato, 2007; Briones, 1998).

Esta situación es relevante para el tema que nos ocupa porque la gran mayoría de los académicos argentinos abocados a los estudios afro en la Argentina se encuentran categorizados como “blancos” por los mismos militantes afro, quienes están analizando entre otras cuestiones, que veremos a continuación, los pros y los contras de la formación de una “academia negra” conformada por investigadores e intelectuales afrodescendientes.

6. Según Frigerio (2006), los mecanismos que posibilitaron esto fueron: a) una determinada manera de adscribir categorizaciones raciales en nuestras interacciones cotidianas; b) el ocultamiento de antepasados negros en las familias, y c) el desplazamiento, en el discurso sobre la estratificación y las diferencias sociales, de factores de raza o color hacia los de clase.

Descripción y análisis de alguna(s) situación(es) de campo donde se manifiestan tensiones y contradicciones⁷

A continuación analizaremos algunas intervenciones de militantes afro en diferentes eventos y circunstancias en las que se tematiza alguna tensión con los académicos, identificando en cada caso:

- Las partes involucradas.
- El tipo de relación que mantienen entre sí las partes implicadas.
- Las posiciones relativas de las partes intervinientes al interior de sus respectivos campos.
- El tipo de estrategias desplegadas.
- Los objetos o motivos de la tensión (condiciones económicas, estilos de gestión de los recursos humanos, condiciones de trabajo, etcétera).

Estos últimos, en los casos analizados, pueden clasificarse en dos grandes tipos:

- 1) Competencia por recursos escasos (información, atención, prestigio, autoridad, capital simbólico y poder social).
- 2) Discrepancias con respecto a la definición o caracterización de la identidad de los miembros de un grupo.

A los anteriores corresponde agregar los factores que podríamos llamar “estructurales” macro o contextuales que caracterizan la posición subordinada del campo afro en su conjunto dentro de la sociedad, y que determinan aspectos como la baja visibilidad, vulnerabilidad, discriminación, falta de acceso a los niveles superiores del sistema educativo, etc. “La estructura social en la que están insertas las partes supone un reparto diferencial del poder y recursos, tanto materiales como simbólicos, que mediatiza desde las aspiraciones e intereses hasta la capacidad de reclamar el contexto legitimatorio propio como referencial para todo el proceso” (Bilbao y Dauder, 2003: 30). A su vez, el campo de los estudios afro tiene poco peso dentro de la academia. El poder relativo de los estudiosos de lo afro suele ser sobreestimado

7. En esta sección se han modificado los nombres de los militantes afros mencionados, por sugerencia de los editores y en concordancia con una práctica habitual en antropología. Tal norma en este caso puede resultar problemática, pues si bien algunos militantes han manifestado en público su deseo de que sus voces sean identificadas, no todos comparten esta postura.

por algunos militantes. En cambio el campo de poder, el conjunto de las instituciones estatales y políticas, en las que algunos militantes afro están comenzando a encontrar alguna inserción, bien que aún marginal, resulta dominante con respecto a los otros dos campos involucrados en este trabajo.

Las situaciones de las que tomamos las citas a analizar son las siguientes:⁸

- Mesa redonda de mujeres afro “Género y activismo afrodescendiente en Argentina”, en las II Jornadas de Estudios Afrolatinoamericanos del GEALA (25 al 27 de septiembre de 2013).
- Charla-debate en Los chisperos, Circa 2013.
- II Festival Mandinga “Presencia afro en la cultura latinoamericana”. Realizado en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti del 2 al 4 de mayo de 2014.
- Jornada-taller “Afrodescendencia e identidad nacional, tensiones y articulaciones académicas y comunitarias en la deconstrucción de la otredad. Cultura, invisibilización y patrimonio cultural” en la Universidad Nacional de San Martín (Unsam) el 5 de noviembre de 2013.

El siguiente fragmento corresponde a la intervención de Ricardo Molina, dirigente afrouruguayo-argentino de una agrupación afro y estudiante universitario, en la jornada-taller en la Unsam:

Hay una tensión en el diálogo con la academia, no hubo históricamente un contralor en ese sentido desde la comunidad afrodescendiente.

Las personas que producen materiales o contenidos sobre nuestras propias colectividades lo publican sin tener un chequeo con miembros de la propia comunidad. Acá la comunidad de pueblos originarios ha tenido una batalla... ningún académico publica una publicación sobre los pueblos originarios sin antes chequear con la comunidad... tener la autorización. Porque ha pasado, hay casos muy interesantes, no así con la comunidad afrodescendiente, esa es la parte que hay que desentramar porque no es una disputa entre las personas, sino entre las prácticas que hacen sectores de la academia.

8. Todos los eventos mencionados fueron públicos y presenciados por uno de los autores y se cuenta con registro sonoro, menos uno del que no participamos pero contamos con el registro audiovisual disponible online: <http://www.youtube.com/watch?v=ezBnXT-oYKA>. Consulta: octubre de 2015.

Más adelante se pregunta “*cómo trabajar con el otro... cómo incluir al otro*”.

El evento se realizó en la misma universidad en la que Ricardo cursa sus estudios de sociología. Además, en esa ocasión fue el coordinador de la mesa, integrada también por Javier Núñez del Programa Uniafro del Idaes/Unsam y académicos como Marisa Pineau, Luis Ferreira y Karina Bidaseca. Su propuesta apunta a modificar algunas reglas de la academia referidas a restricciones para publicar sobre los afros. Este reclamo, por tanto, lo hace en su doble carácter de afro (perteneciente a organizaciones que son estudiadas por los académicos) y estudiante en la academia. Destaca que no se trata de una disputa entre personas, sino un cuestionamiento de algunas prácticas académicas, debido a que ocupa una posición subalterna desde la que no está en condiciones de modificar esas reglas. Al mismo tiempo evita un enfrentamiento abierto como estrategia por la misma razón. Resultaría una estrategia arriesgada para alguien que ocupa una posición subordinada en la academia, del tipo de las que Bourdieu llama “de subversión”.

En el mismo evento Pablo Méndez, un miembro del público, afrouuguayo y vinculado al Movimiento Afrocultural, expuso posiciones más tajantes. Los siguientes son algunos fragmentos breves extraídos de su intervención que ilustran su posición sobre el tema que nos ocupa:

La academia [es] esencialmente racista y reproductora de la ingeniería tan bien ideada que también parió la antropología.

La ingeniería racista está totalmente naturalizada.

La academia ni siquiera tiene un replanteo sobre la propia reproducción del racismo y eso realmente no es un pormenor.

¿Qué es lo que se está reproduciendo? ¿Qué insumos se están generando? ¿Para quiénes se está generando?

En tanto y en cuanto las personas afrodescendientes seamos objeto de estudio...

Debe estar la fuente, por una significación de reciprocidad y de construcción académica antirracista en el sentido que tiene para los afrodescendientes el patrimonio de la palabra.

Cuando se generan materiales sobre la población afrodescen-

diente, la propia población no podemos acceder a esos materiales... porque no tenemos el dinero por nuestra propia estructura histórica heredada para acceder a ese material tan preciado como es el conocimiento, porque el conocimiento no tiene lugar.

Constantemente adherimos a construcciones anglopensantes.

La posición objetiva de este militante es diferente a la de Ricardo. Habló desde el público. No era un disertante en el evento. No participa del campo académico y no habló en representación de una organización. Expresa una mirada más radical. Por una parte cuestiona la práctica de mantener en el anonimato la identidad de los informantes afro (la “fuente”), la que podría considerarse como una forma de contribuir a la mencionada invisibilización. También cuestiona el uso de términos anglosajones tomados de teorías elaboradas por autores ingleses en el discurso académico por considerar que ese origen determina una mirada colonialista. Pero va más allá para calificar a la academia en su conjunto como racista y reproductora del racismo.

Al no ocupar una posición en el campo académico un cuestionamiento radical hacia el mismo en su conjunto no representa para él una apuesta riesgosa como lo sería para Ricardo. Como integrante del campo más subordinado en la jerarquía de los tres campos considerados, su estrategia es de denuncia y reclamo y no se preocupa por separar diplomáticamente las prácticas de las personas, ni dominantes de subalternos dentro del campo académico. El capital que pone en juego es exclusivamente el militante. Su estrategia no es de sucesión ni de subversión (desde el interior del campo) sino de enfrentamiento. Esta estrategia es valorada por un sector de la militancia afro. Así lo expresó la presidenta durante varios períodos de la Sociedad de Socorros Mutuos Unión Caboverdeana de Dock Sud, la que no comparte la mencionada estrategia, como veremos más adelante:

Muchos militantes, al no tener un discurso más o menos armado, encontraron en la prédica antiacademia un interesante caballito de batalla. Es políticamente correcto, desde algunos puntos de vista, dado que es conocida la influencia de la antropología en la creación de justificaciones racistas durante el siglo XIX (medida de los cráneos, la teoría de Lombroso en criminología, “razas superiores e inferiores”), en fin.

Otro tema que presenta Pablo en su intervención es el de la dificultad para acceder a las publicaciones académicas sobre los afro.

Esto se relaciona con la ya mencionada característica de los campos de estar vinculados de alguna manera con el campo de las clases sociales. El sector de militancia del que proviene Pablo ocupa también un lugar subalterno en el campo de las clases. Cuentan con escaso capital económico para adquirir libros y publicaciones. Posiblemente pueda deberse también a la falta del capital académico necesario para lograr el acceso a esos materiales.

Otra intervención en el mismo evento en la Unsam corresponde a una afrocubana del público, a la que llamaremos Mercedes Somoza.

Hay una discusión ¿hasta dónde vamos a ser objeto de estudio? [...] en Cuba hay una intelectualidad negra bien importante, que estudia, que trabaja sobre nuestras visiones sociales y culturales heredadas de esa intelectualidad que siempre existió en Cuba.

En ese sentido me alegra que [Ricardo Molina] esté sentado allí... Si la academia blanca reproduce –como se viene manejando– el discurso racista contra los negros, ¿cuándo va a haber una propuesta de los afrodescendientes que viven aquí? Para dialogar con esa academia blanca, aunque esos términos no me gustan mucho, pero es lo que se maneja.

¿Cuándo va haber un diálogo? ¿Cuándo va haber ese intercambio de pareceres entre unos y otros? [...] la mejor manera de ponderar a los afroargentinos va a ser con una historia que cuenten los propios afroargentinos.

¿Cuándo se va a explicar desde nuestra perspectiva? Tenemos que entrar a las instituciones, hay que hacer un trabajo científico, hay que hacer trabajo de campo, y en ese sentido pienso que la antropología ha sido la ciencia que más se ha abierto a esto.

Me he sentado en las aulas de la UBA y no hay negros, no existen, espero en un futuro adquirir un libro en una librería de Corrientes escrito por un afroargentino, afrouuguayo, afrobrasileño.

De la única forma que se puede discutir más seriamente... he visto una discusión encarnizada para mi gusto no estoy muy acostumbrada, entre el activismo y la academia.

La academia no puede hacer el discurso al activismo, una cosa es el activismo, la academia es otra, responde a un rigor

científico que tiene que cumplir y el activismo aunque pueda dialogar, encontrarse, utilizar mucho el discurso académico para su propio discurso político, son dos perspectivas diferentes.

Me gustaría que llegara el día que haya más afros... en las aulas de las instituciones... objetivamente no se ven los afrodescendientes en las aulas y así es imposible.

La academia blanca, como se dice, va a seguir interpretando lo que entiende, algunos van a seguir poniendo lo que entienden, otros serán más perceptivos a la voz de los afros, van a continuar... vamos a estar diez, quince años hablando de lo mismo... hasta que no nos mezclemos y podamos dialogar, activismo, academia, academia, etcétera.

Mercedes es egresada de la Universidad de La Habana y se encuentra cursando un posgrado en la Argentina. Se destaca en su exposición que la oposición entre academia y militancia afro le resulta extraña, en contraste con lo que ocurre en Cuba. Se siente –de algún modo– ajena a ella. Manifiesta una postura crítica no hacia la academia sino hacia la confrontación entre ésta y el campo de la militancia afro. Propone, en cambio, otra estrategia para los afro, consistente en formarse, en capacitarse, particularmente en la universidad, y constituir en un futuro no muy lejano una intelectualidad negra argentina que dialogue con la llamada “academia blanca”.

Para terminar con las intervenciones en la jornada-taller de la Unsam, otra persona del público, Fernanda Restrepo, afrocolombiana, licenciada en ciencias sociales en Colombia, con estudios de posgrado en la Argentina, manifestó lo siguiente:

Es un error pensar que lo que dice una persona blanca necesariamente asume una posición eurocéntrica por el sólo hecho de ser blanca, eso no se corresponde con la realidad porque podés tener allí sentados a Condolezza Rice o a Obama y son afrodescendientes.

Entre la academia y el movimiento afro, si bien hay tensiones también hay relaciones complementarias. Han contribuido también a que el tema emerja, a problematizarlo, que han permitido, que permiten que surjan puentes, que más que enemigos son amigos y que hay que abrir puertas.

Este caso es similar al anterior en que se trata de una persona

afrolatinoamericana no argentina. Ambas comparten una trayectoria en ámbitos académicos en otro país además de su identificación como afro. Se evidencia una negativa a suscribir una estrategia de enfrentamiento de la militancia afro con la academia y una valoración positiva de los académicos y de la formación académica para los fines reivindicativos de los afro.

El siguiente fragmento proviene de una entrevista realizada por el doctor Gabriel Morales a un africano referente del Instituto Argentino para la Igualdad, Diversidad e Integración (Iarpidi), acerca de la relación entre los académicos y los militantes afro (7 de junio de 2012):

Es una relación desafiante. Porque el racismo es un producto de los académicos. [...] por eso la situación se tiene que revertir desde los académicos. Por eso mismo la relación con los académicos. Aunque con los académicos a veces soy muy crítico, porque si Argentina sigue así, ustedes colaboraron y siguen colaborando [...] En el GEALA la conclusión de mi ponencia fue esa: los académicos deben mostrar su activismo adentro de la academia. Porque la gente lee y confía en los académicos. (Morales, 2014: 373)

Este referente tiene formación universitaria pero no está inserto en el campo académico. Su intervención se asemeja a la de Pablo en que habla de la academia como un bloque homogéneo y la responsabiliza globalmente por el racismo en el pasado y en el presente. Pero se diferencia en que espera que el cambio sea generado por los académicos sobredimensionando su poder para modificar la situación. Y en vinculación con este reclamo, presenta otro tema que hallamos en varias intervenciones: el de la militancia del académico, el compromiso militante que deberían asumir. Algunos esperan una “militancia al 100%”. Esta misma cuestión se presenta al interior mismo del campo de los estudios afro, en el que un sector de los académicos plantea la militancia como un deber ineludible de los estudiosos de lo afro. De modo que este tema divide aguas entre los académicos. Pero también lo hace entre los militantes afro en la medida en que ellos también toman posiciones diferentes respecto de la conveniencia o no del aporte de los académicos en cuestiones afro.

Los siguientes fragmentos ilustran esa divergencia de criterios al interior de la militancia afro. Como ya mencionamos, la presidenta de la SSM/UC de Dock Sud, profesora de literatura, con una prolongada trayectoria como activista, manifiesta su discrepancia con el sector

de la militancia afro que despliega estrategias de enfrentamiento con la academia.

La situación con los académicos es contradictoria, porque muchos afrodescendientes lo usan para tener un discurso incendiario, transgresor: “No, porque los académicos nos usan...”. Claro, queda lindo levantar esa bandera... “¡Mira qué bien, nos independizamos de los académicos”. Lo dicen, pero falsamente, porque necesitan los elementos de análisis que un académico te puede aportar... Entonces, si criticás a los académicos y los usás para mostrar datos... tenés que hacerte cargo. Nosotros no tenemos ningún problema en que vengan historiadores, antropólogos, sociólogos... que conversen, graben, saquen fotos... pero siempre hacemos respetar nuestro espacio y si no nos gustó algo que se dijo lo decimos. (Citado por Morales, 2014: 372)

El mismo referente, en otra entrevista realizada por uno de nosotros en 2014, expresó lo siguiente:

En el Movimiento afrocultural circula un discurso que sostiene que la escuela de la vida es la que enseña y no la universidad. Este discurso se apoya en una tendencia ideológica representada por este Movimiento. He escuchado decir por parte de alguno de sus miembros que lo verdaderamente importante se aprende en la calle y con los tambores... Entonces mandan el mensaje a la juventud de que estudiar te aleja de tus raíces. [...] ellos están en contra de Babilonia, pero en mi opinión lo están haciendo con las armas erróneas; si le vas a hacer la guerra al sistema, hay que darles a los hijos las armas adecuadas. De lo contrario hay que volver al bosque. Y yo no estoy de acuerdo con ello [...] Yo creo que falta discusión y reflexión política: ¿cuántos han leído a Marcus Garvey, Du Bois, Angela Davis, Fanon, Abdias do Nascimento o la prédica de los Panteras Negras, entre muchos otros y otras?

Como ya destacamos, la entrevistada posee formación universitaria y participa tanto del campo de la militancia afro como del académico, a la vez que mantiene contactos con el campo del poder. A lo largo de toda su trayectoria siempre valoró el capital educativo y a diferencia de otros militantes mencionados anteriormente, nunca adoptó la estrategia de enfrentamiento con los académicos. Coincide, en cambio, con la que proponen Mercedes y Fernanda.

Otra militante afro que plantea la valoración positiva de la “escuela

de la vida” es Viviana Forde, militante del Movimiento Afrocultural. Los siguientes párrafos están tomados de su exposición en la Mesa redonda de Mujeres Afro en el GEALA 2013:

Mujeres afros que hemos tenido una capacitación más bien haciendo. Lo que me lleva a pensar que es cuestión del cuerpo, ese que ponemos todas las mujeres... El activismo nos importa, nuestros hermanos y hermanas nos importan y quienes nos antecedieron nos obligan a ser protagonistas, de esta parte de la historia que tenemos que empezar a escribir nosotras mismas y creer en nosotras mismas, con nuestras diferencias, con nuestros aciertos y más conscientes de esos aciertos y de esos acercamientos.

En esta cita “la escuela de la vida” se expresa como “aprender haciendo” y poniendo el cuerpo, por oposición a un aprendizaje más teórico y en un espacio de la educación formal. Esta militante afro no tiene estudios superiores.

En vinculación con el tema recurrentemente mencionado por los militantes afros de que son tomados por los académicos como objeto de estudio se presenta la aspiración a hablar por sí mismos y el reclamo de que los académicos dejen de hablar por ellos. Como ejemplo citamos dos fragmentos de intervenciones de Ricardo en diferentes eventos. El primero corresponde al Festival Mandinga (2014) y el segundo proviene de la charla-debate en Los Chisperos:

Es hora que nosotros podamos hablar por nosotros mismos, estamos agotados que siempre otros hablen por nosotros. La verdad tenemos un montón de afrodescendientes que tienen magister, maestrías, doctorados, postdoctorados y post, post, post doctorados que perfectamente pueden contar nuestra propia historia y de eso se trata, de recuperar el protagonismo.

Estamos cansados, aturridos que muchos hablen por nosotros, no sólo desde la academia, sino desde distintos sectores sociales y políticos. Siempre se habla de los afros sin ellos, la verdad que hemos sido educados... tenemos el derecho a tomar la palabra, acá estamos, ésta es mi perspectiva del mundo, ésta es nuestra cosmovisión y queremos aportar, por eso es importante este tipo de encuentros... invitar no sólo a la academia, a los representantes del estado sino también a nuestros hermanos y hermanas para que puedan mostrar sus perspectivas.

Ambos eventos fueron públicos. En el Festival Mandinga fue presentado como “activista por los derechos humanos de los y las afrodescendientes, coordinador del Área Afro de la Subsecretaría de Derechos Humanos de la Nación, educador popular y estudiante de sociología”. Participaron además María Inés Da Silva Barbosa (ex coordinadora del Programa de Género, Raza y Etnia de Unifem-Brasil), Miriam Gomes (profesora de Literatura, especializada en Literatura de los Países Africanos de Lengua Portuguesa y miembro de la Cátedra Abierta de Estudios Americanistas de la UBA) y Edgardo Ortuño (ex legislador y militante por los derechos de los afrodescendientes en Uruguay).

En la charla-debate, como coordinador de la Comisión de Afrodescendientes y Africanos del Consejo Consultivo de la Sociedad Civil, dependiente de la Cancillería argentina, y como “militante y activista”. Se encontraba junto al embajador Oscar Laborde y a Alejandro Frigerio.

En ambas situaciones Ricardo aparece como participante de los tres campos y en su intervención no se manifiesta un enfrentamiento frontal con la academia. Al contrario. Si bien plantea que es hora de que otros dejen de hablar por los afro, señala que éstos cuentan ya con intelectuales que pueden hacerlo justamente a causa de sus credenciales educativas. Esto lo destaca sobre todo en su exposición en el Festival Mandinga. En presencia de dos militantes afro académicos y políticos de países limítrofes en los que el movimiento afro ha alcanzado mayores logros y reconocimiento que el argentino, Ricardo sobredimensiona los capitales educativos de los actuales militantes afro en la Argentina recurriendo a la hipérbole: “*tenemos un montón de afrodescendientes que tienen magister, maestrías, doctorados, postdoctorados y post, post, post doctorados*”.

En esto de “hablar por nosotros mismos” no todos son considerados con la misma autoridad para hablar. Como dice Bourdieu, la autoridad para hablar con autoridad, lo cual es la esencia del capital específico.

Hay una lucha por la representatividad, sin ninguna duda, y sobre todo en este momento en que el Estado ha abierto canales de diálogo, todo el mundo quiere posicionarse como el interlocutor válido. Entonces... te van a decir: “Yo soy mejor que... Tal persona no sabe... Aquel, aquella, está ahí porque tiene relaciones con...”. Hay una lucha absurda por ocupar el espacio de diálogo. (Morales, 2014. Entrevista a la referente de la SSM/UC de Dock Sud el 26 de junio de 2012)

Para resumir, los temas que aparecen en los fragmentos citados que hemos tomado como indicadores de la existencia de tensiones entre la academia y algunos sectores de la militancia afro son los siguientes:

- La academia es racista y reproduce el racismo.
- Relación entre académicos y militantes afro: nos toman como “objeto”. Identificación o anonimato.
- Deseo de controlar lo que publican los académicos sobre ella.
- No tenemos acceso al conocimiento que producen sobre nosotros.
- Los académicos deben ser primero militantes.
- Valor relativo de la “escuela de la calle” o “de la vida” frente a la academia.
- Que no hablen más por nosotros. Es hora de que hablemos por nosotros mismos.

A lo anterior podemos agregar otras situaciones, que no analizamos en esta ocasión por falta de espacio, en las que las tensiones se han manifestado en acciones de parte de los militantes afro hacia los académicos. Algunos ejemplos incluyen el rechazo de la participación de académicos en un evento organizado por y para los afro, la negativa de otorgar entrevistas y en un caso, de facilitar a académicos el uso de un espacio institucional sobre el cual algunos dirigentes afro tenían cierto poder de decisión.

Conclusiones

Hemos descripto algunas situaciones de campo en las que militantes afro formulan expresamente y en forma pública demandas hacia los académicos o cuestionan algunas de sus prácticas y estilos de trabajo, generándose tensiones entre ambos. Estos planteos son relativamente recientes y provienen de varios referentes de la militancia afro. Por otra parte, un número creciente de militantes afro comienza a ocupar cargos en el Estado argentino y a obtener credenciales educativas superiores, insertándose así en el campo académico y en el campo de poder, reduciendo la distancia social objetiva tradicionalmente existente entre investigadores e “informantes” y generándose un cambio cualitativo en la relación.

Una de las demandas formuladas a los académicos es la de mayor compromiso militante con las reivindicaciones de los afro. Algunos colegas asumen en diverso grado esa militancia y hacen extensiva la

exigencia al resto de los investigadores del campo afro, introduciendo nuevas tensiones al interior de éste.

En la nueva situación, el rol de los académicos es positivo para algunos militantes afro en tanto se apoyan en sus investigaciones y adoptan la terminología de los estudios académicos (aunque no siempre admitiéndolo) para visibilizar su situación de desventaja, desigualdad o discriminación. A la vez, es tensa en tanto el poder de los académicos “crea” y objetiva el campo afro cuando lo describe. Ello pone a los investigadores en una situación de competición con los dirigentes afro que, mediante sus luchas internas, buscan definir los límites del campo, las reglas del juego y la jerarquía de posiciones de quienes tienen autoridad para hablar en nombre del conjunto.

Se observan cambios positivos en las estrategias de relación, las que tienden a ser más igualitarias al mismo tiempo que se van construyendo cada vez más espacios de cooperación.

Deberíamos continuar discutiendo: a) cómo aprovechar los aspectos positivos de los conflictos en cuanto a su capacidad de generar ideas nuevas, estimular los cambios individuales y sociales y aprender formas diversas de resolver los problemas, y b) cómo evitar aquellos conflictos potencialmente destructivos para nuestras relaciones con los diversos actores.

Para finalizar, proponemos avanzar un paso más en la dirección señalada por Bourdieu (1995), de adoptar la estrategia de la “objetivación participante”, dado que el investigador muchas veces es un actor en el campo que observa y, por ende, sus acciones lo modifican a la vez que él resulta modificado por los fenómenos que describe.